

La función del mito en psicoanálisis

CRISTINA MARQUÉS RODILLA

UNED - DEA en Psychanalyse, Paris VIII

The function of myth in psychoanalysis

Abstract

We start our analysis from Paul Ricoeur's interpretation of Freud's psychoanalysis as the creation of an archaeological subject. Here the archaic attracts the subject in an opposite direction to progress, highlighting the importance of mythical figures in order to show the fierce struggle between the passage to the act and sublimation. The drive is relentless in its blind impulse, but culture defends itself from it with the word in its most canonical and popular creations.

Key words: Archaeological subject. Mythical figures. Hermeneutics. Passage to the Act. Sublimation.

Resumen

Partiendo de la interpretación de Paul Ricoeur sobre el psicoanálisis de Freud como creación de un sujeto arqueológico, en el que lo arcaico atrae al sujeto en el sentido contrario al progreso, se pone en valor la importancia de las figuras míticas para poner de manifiesto la lucha encarnizada entre el paso al acto y la sublimación. La pulsión no descansa en su ciego empuje, pero la cultura se defiende con la palabra tanto en sus creaciones más canónicas como en las populares.

Palabras clave: Sujeto arqueológico. Figuras míticas. Hermenéutica. Paso al acto. Sublimación.

ISSN. 1137-4802. pp. 39-57

1.- El psicoanálisis no es mitología, la utiliza, se sirve de ella, porque describe, a través de diversas creaciones artísticas, teatro, ópera o pintura, las más recónditas pasiones humanas; las convierte en símbolos culturales porque las incorpora en la construcción de una teoría del sujeto. Según Paul Ricoeur, el psicoanálisis freudiano construye una teoría arqueológica del sujeto.

El psicoanálisis tampoco es ciencia, al menos no es una ciencia positiva. Filósofos de la ciencia como Nagel, Popper o Wittgenstein se han encargado de argumentar contra la pretensión freudiana de hacer del psicoanálisis una ciencia. Nagel considera junto a Popper que los enunciados

de la teoría del psicoanálisis son imposibles de falsar y Wittgenstein la considera una pseudociencia, una especulación que, a modo de placebo, construye un relato, un tapiz, con el que el paciente se muestra complacido porque corrobora su narcisismo.

Lo que se ha criticado es que Freud mediatizado por la muerte de su padre, por su propio autoanálisis y por su experiencia clínica, elevara experiencias individuales a la categoría de universales antropológicos. Su afán consistía en hacer un psicoanálisis científico, según el paradigma científico de su época, pero fue fuertemente contestado. Los recursos teóricos del psicoanálisis no necesitan ser científicos, basta con que sean metáforas eficaces para la clínica.



1 DESCARTES, R.: *Meditaciones metafísicas*, 1641. 2º meditación en Alianza Editorial. Madrid, 2011.

2.-El psicoanálisis es una teoría del sujeto

Aunque se estudie a Freud en la historia de la filosofía y en la historia de las ideas, enmarcado en las teorías de la sospecha, no por ello es una teoría filosófica. Lo que sí es, es una teoría del sujeto. Un discurso que pretende desvelar la constitución de la subjetividad (tópica) y comprender el funcionamiento (dinámica) de dicha subjetividad humana.

¿Qué es un sujeto y qué una teoría del sujeto? Hasta Descartes¹, es decir hasta principios del SXVII, la filosofía hablaba de sustancias, tal como dejaron acuñados el concepto tanto Aristóteles como Sto. Tomás. Descartes fue el primero en atreverse a poner la subjetividad en primera línea al alejarse del universal animal racional.

El sujeto es el yo que piensa y siente; sentir es una forma de pensar; cuando soy consciente de mis sentimientos: alegría, odio, amor, lo que sea, estoy pensando. Es importante porque el individuo, personalizado en el sujeto es una sustancia pen-

sante y no un mero accidente; la mera particularidad era accidental frente a la esencia específica, en nuestro caso el alma inmortal.

La llegada de Freud supone un descentramiento del sujeto que pierde su lugar privilegiado por la aparición del inconsciente, del otro escenario.

La publicación de las tópicas supuso no solo una herida narcisista para el hombre, sino la pérdida del control sobre sus actos que estarían, desde ese momento, fuertemente condicionados por impulsos irracionales.

El psicoanálisis no es religión, muy al contrario, es profundamente antirreligioso aunque utilice sus símbolos porque los considera fundantes del inconsciente del sujeto arqueológico. Freud considera que la religión es la universal neurosis obsesiva que se establece al final del Edipo.

Si el psicoanálisis es una de *las teorías de la sospecha* es porque investiga más allá de la conciencia; debajo de “la alfombra” que llamamos conciencia hay una instancia, que Freud llama “el otro escenario” y es desde allí desde donde se mueven los hilos de la conciencia (yo).

3.-El psicoanálisis es una interpretación de la cultura: Paul Ricoeur²

Ricoeur califica al psicoanálisis de fenomenología de la religión, y, en general de fenomenología de lo sagrado, y lo coloca junto a Marx y a Nietzsche entre las formas destructivas de lo sagrado y las tentativas de desmitificación y secularización de lo sagrado religioso.

Estos tres pensadores constituyen el núcleo de lo que se ha llamado, por Michael Foucault, teorías de la sospecha. Considera que tanto Marx como Nietzsche y Freud han escrito las obras más importantes de la modernidad porque sospechan que algo hay debajo de la alfombra, hay que levantarla para ver lo que se oculta debajo de ella.

Freud señala la importancia de la *ilusión* que genera la religión y que sirve para ocultar el conflicto y conducirnos hacia otra vida transcendente superadora del sinsentido. *Las represen-*

² RICOEUR, P.: *Freud. Una interpretación de la cultura*.1990, Siglo XXI. Madrid; 1ª edición.1965. París, Éditions du Seuil.

taciones simbólicas, aportadoras de sentido, ocultan el fondo irracional inconsciente.

Marx y Nietzsche también comparten la idea de que la religión oculta, cubriéndose del velo de la ilusión y el sentido trascendente, el nihilismo existencial. Marx considera que la religión, el opio del pueblo, procura un sentido de bienaventuranza a la miseria económica provocada, fundamentalmente, por la propiedad privada y la división del trabajo, que generan la explotación del hombre por el hombre; por otra parte, tal como lo señala Nietzsche, la religión judeo-cristiana da también sentido a la represión de la vida porque los que se comportan como esclavos y ponen la otra mejilla, que son los resentidos, serán, sin embargo, los que gozarán de la felicidad eterna. Nietzsche en la *Genealogía de la moral* y en *Más allá del bien y del mal* ataca a los cristianos a los que tacha de esclavos, tullidos y resentidos incapaces de asumir el goce de la vida como experiencia dionisiaca. Freud apostilla que es imposible amar al prójimo como a uno mismo porque el narcisismo indestructible nos lo impide.

La propuesta freudiana es trasgresora porque vacía de sentido los símbolos religiosos y, una vez secularizados, profanados, los recicla y utiliza como símbolos que taponan, que sirven de pantalla, para ocultar el vacío existencial del sujeto. No obstante, aportan un nuevo sentido para la familia burguesa, que es el modelo de familia freudiano.

Así el Nombre del Padre es el símbolo de la ley, la prohibición del incesto. Edipo se salta, trasgrede esa ley, y él y toda su familia queda proscrita. Los símbolos míticos funcionan como velo/pantalla imaginaria y simbólica del agujero existencial que bordea la pulsión.

Y aquí está el meollo de la cuestión: necesitamos sentido, necesitamos de argumentos que den sentido a nuestras vidas. Hemos visto como las tres teorías de la sospecha hacen hincapié en el sentido que proporciona la religión judeo-cristiana. Hay que salir de esa ilusión religiosa y la ilustración, la modernidad, quiere ofrecernos otros significados para los mismos significantes: *por eso nos preguntamos por el rol que juegan en nuestra subjetividad actual los símbolos y figuras míticas. Una forma de reciclaje de esos símbolos es la interpretación que de ellos hace Freud.*

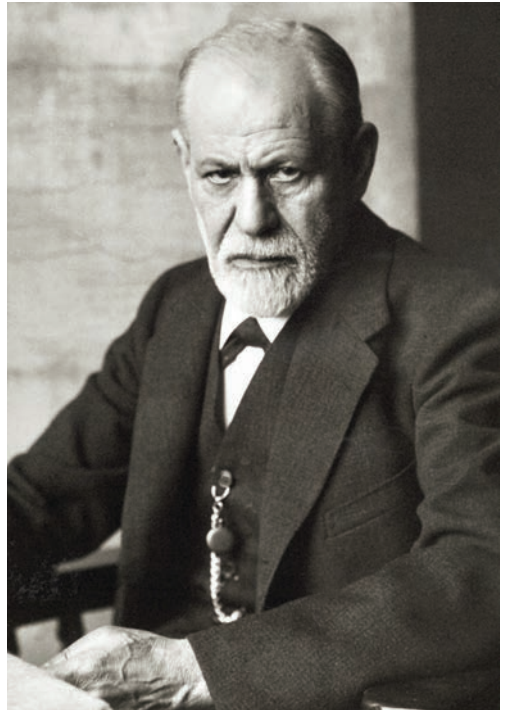
3.1- La arqueología del sujeto

La tesis que vamos a defender, siguiendo a Paul Ricoeur, es que Freud reinterpreta los mitos clásicos y utiliza sus símbolos, metáforas y relatos, para justificar la existencia de un sujeto arqueológico.

Ricoeur afirma que para Freud los mitos han sido los elementos metafóricos, imaginarios y simbólicos que han estructurado nuestra subjetividad desde tiempo inmemorial.

¿Cómo justifica Ricoeur su afirmación de que los mitos son, para Freud, constituyentes de un sujeto arqueológico? Porque los utiliza como recurso teórico.

Si atendemos a cómo Lévi-Strauss³, en 1955, define el mito podemos entender su función de útil recurso teórico: *“el mito se define por referencia a un esquema temporal que combina las propiedades de la diacronía y de la sincronía, pues los acontecimientos desplegados en el tiempo conforman una estructura perdurable. Pero el valor intrínseco atribuido al mito proviene de que estos acontecimientos, que se suponen ocurridos en un momento del tiempo, forman también una estructura permanente que se refiere simultáneamente al pasado, al presente y al futuro (...) esta doble estructura, a la vez histórica y ahistórica, explica que el mito pueda pertenecer, simultáneamente, al dominio de habla y de la lengua”*⁴.



Lévi- Strauss considera que el mito es anónimo y se define por el conjunto de todas sus versiones, para que un relato pase a ser calificado de mito tiene que ser reconocido como patrimonio de la humanidad.

Freud, hombre ilustrado, basculaba entre el progreso y el regreso en la vida del sujeto y de la civilización occidental; el

³ LÉVI-STRAUSS, C.: *Antropología estructural*. 1992, Paidós, Barcelona. p 232. 1958, 1ª edición: París, Librerie de Plon.

⁴ Ibidem.: p. 232. “Nada se asemeja más al pensamiento mítico que la ideología política”.

progreso se manifiesta en el sujeto que avanza hacia el *sapere aude!!!!*, pero le ocurre que al atreverse a pensar es empujado a las profundidades de sus orígenes culturales y, en última instancia, a la muerte, a la pasividad oceánica, al útero materno. Terrible círculo del eterno retorno de lo mismo.

El freudismo es una manifestación de algo siempre anterior. En el libro VII de la *Interpretación de los sueños* (1900), Freud señala que la vía regia hacia el inconsciente son los sueños porque lo reprimido aparece en el sueño de forma travestida para satisfacerse; el aparato psíquico funciona de forma regresiva, al revés de la marcha progresiva, buscando la satisfacción de sus deseos más primitivos y arcaicos; y aunque esa satisfacción se nos presente como actual o futura, los sueños no pueden hacernos conocer el porvenir. Freud lo niega categóricamente porque ese porvenir “está modelado por el deseo indestructible conforme a la imagen del pasado”⁵ imposible de recuperar.

Seguimos a Ricoeur en su tesis de que el freudismo es una revelación de lo arcaico, una manifestación de algo siempre anterior. Freud afirma en *La interpretación de los sueños*: “El sueño es, en suma, un ejemplo de regresión a la condición más precoz del soñante, una reviviscencia de su niñez, de los impulsos que predominaron entonces (...) presentimos toda la justeza de las palabras de Nietzsche cuando dice que en el sueño se perpetúa una época primitiva de la humanidad que apenas podríamos alcanzar de una forma directa. Mediante el análisis de los sueños podemos esperar llegar a conocer la herencia arcaica del hombre y descubrir lo que es psíquicamente innato”⁶.

5 FREUD, S.: *La interpretación de los sueños*, 1972, Biblioteca Nueva, Madrid, pp.584. tomo II de las *Obras completas*.

6 *Ibidem*. p. 548.

Así es que Freud pretende alcanzar la herencia arcaica del sujeto mediante el análisis de los sueños y otros materiales, descubrir, así, lo que es psíquicamente innato. Si hay en el hombre una estructura psíquica atávica comparable a una primitiva población psíquica, algo análogo al *instinto*⁷ en los animales, *ello* será lo que constituya el núcleo de lo inconsciente, de lo que está fuera del tiempo, de lo indestructible, de lo intempestivo, de lo que no acepta el principio de no contradicción, de lo que no conoce la muerte. Todo esto es lo que *Ello habla*, *ello* habla lo impersonal, lo neutro.

7 FREUD, S.: *Lo inconsciente*. 1915, Biblioteca Nueva, 1974, Madrid, Tomo VI de las *Obras Completas*. p. 1064.

En la 2ª tópica freudiana (1923), el inconsciente es el *ello* y nada más que *el ello*; y el *ello* es el reservorio de las pulsiones, lugar del caos que es necesario organizar para elaborar la novela particular del sujeto. En constante pelea con *el ello* está el *superyó* que es la instancia moral que persigue nuestra adaptación a la ley y a la sociedad. Si el *ello* es el lugar de las oscuras tendencias, las dionisiacas, el *superyó* es la instancia de la claridad y el orden, las tendencias apolíneas.

Ello habla de pasiones, de emociones y sentimientos que dan color y sabor, más o menos trágico y agri dulce a nuestras vidas. La ofensa, el odio, la traición, el miedo, la compasión, el amor, los celos, la vergüenza, la indignación, el desdén, la venganza, la envidia, la culpa y la admiración son significantes universales que cada sujeto vive y padece de forma particular.

Los mitos y las pasiones de los personajes trágicos son el recurso teórico de Freud para afirmar que la filogenia se repite en la ontogenia *mediante el retorno de lo reprimido*. Los hijos asesinan al totem, y con el nacimiento de la culpabilidad nace también la fraternidad y la necesidad de la prohibición del parricidio y del incesto; pero la ley no impide el retorno de esas tendencias, contenidos reprimidos por la cultura que causan el malestar de los sujetos, lo que la convierte, tal como afirma Ricoeur, en una cultura de carácter arqueológico. Si atendemos a sus obras: *El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la cultura*, *Moisés y la religión monoteísta*, podemos comprobar que hay un retorno de lo reprimido, una tendencia regresiva de la historia humana.

La religión es la universal neurosis obsesiva de la humanidad porque arrastramos la cicatriz de un pasado prehistórico, y olvidado, de incesto y parricidio que el *superyó*, instancia moral que ha interiorizado las normas sociales, intenta soterrar con órdenes tajantes, con imperativos morales: la neurosis es el producto, de ahí el malestar en la cultura, de la represión con que finaliza el Edipo que nos integra en la sociedad mediante el miedo, la culpa y el castigo.

Pero también hay que contar con *el deseo indestructible a la transgresión*. La necesidad de trasgredir la ley es una constante de todos los héroes y heroínas míticos. En este sentido, no podemos dejar de recordar, la afir-

mación freudiana en *Totem y Tabú* (1913), sobre los rasgos del tabú que considera son los mismos que los de la moralidad: ambivalencia de deseo y temor, ambivalencia de la atracción y el espanto que incitan/repudian a la transgresión. Pero tenemos que afirmar que *no hay más transgresión que la de la pulsión respecto del principio del placer*. Si una realidad placentera no pone límites a la pulsión la consecuencia será mortal.



⁸ SÓFOCLES, *Antígona*, vv. 905 y ss., Madrid, edit. Gredos 1998.

El caso de Antígona es crucial: *“Pues nunca, ni aunque hubiera sido madre de hijos, ni aunque mi esposo muerto se estuviera corrompiendo, hubiera tomado sobre mí esta tarea en contra de la voluntad de los ciudadanos.*

¿En virtud de qué principio hablo así? Si un esposo se muere, otro podría tener, y un hijo de otro hombre si hubiera perdido uno, pero cuando el padre y la madre están ocultos en el Hades, no podría jamás nacer un hermano”⁸

Antígona se queja de que ella no podrá tener un marido, unos hijos, una vida que la incluya en su núcleo familiar y social porque tiene que atender a un deber superior al de las leyes de la ciudad; la piedad filial es más fuerte porque un marido, incluso un hijo, puede ser sustituido por otro, tener un segundo e incluso un tercero, pero un hermano, alguien que procede del mismo útero materno es irrecuperable; es un vínculo de sangre más fuerte que el del matrimonio. Antígona visualiza un futuro placentero, pero no es capaz de poner límites a la pulsión que la conduce a alejarse de los bienes que podría depararle vida. El coro avisa de que Antígona ha ido a buscar su ceguera y el espectador se siente fascinado por el resplandor (belleza) que produce la hazaña de Antígona, que sin miedo ni piedad por sí misma se dirige con paso firme hacia la muerte que sabe segura.

4.- Narcisismo y pulsión de muerte e impulsiones

Freud distinguió entre pulsiones de vida y las de muerte. Lacan entre placer y goce; el placer está ligado a la vida y a sus bienes, y el goce al sufri-

miento y a la muerte. Por tanto, la pulsión está “mejiéndose” entre la realidad y el deseo; el narcisismo nos empuja a rechazar la realidad que nos desagrada y a sustituirla por vanas ilusiones, pero la pulsión no cesa en su empeño, ni de día ni de noche.

Lo que afirma Freud es que el narcisismo universal de los hombres, su amor a sí mismos, ha sufrido hasta ahora 3 humillaciones graves por parte de la ciencia.

Las tres heridas narcisistas (1917), que descentran al hombre, que le dejan en un puesto menos relevante del que él pensaba que ocupaba en el universo, son: Copérnico/Galileo (el hombre gira alrededor del sol cuando él creía que todo giraba en torno a él), Darwin que le hace proceder del mono (cuando creía que tenía un alma inmortal) y, finalmente, Freud que le dice que Descartes se equivocaba y que su axioma, su criterio de certeza, *pienso, luego existo*, es una expresión narcisista.

Si procedo utilizando las reglas de un método infalible no puedo equivocarme, afirmaba Descartes. El error acecha, pero puedo obtener una verdad absoluta porque Dios respalda el valor de verdad de los enunciados de la Razón. Freud le contesta diciéndole que la evidencia de su conciencia está manipulada desde una instancia para él desconocida, el inconsciente.

Podía ser que si pienso, me río, que si pienso lloro o que si pienso me toca la lotería. El criterio de Descartes es la evidencia; veo claro y distinto y no puedo dudar de esta verdad, si pienso, existo, aunque me empeñe en lo contrario; puedo dudar de todo menos de que mientras pienso, y durante el sueño sigo pensando, existo. El psicoanálisis le dirá que mientras piensa, goza. Su deseo de saber absoluto, su creencia en el poder de la Razón absoluta es una manifestación narcisista. Una manifestación inconsciente de afirmarse, de tener poder garantizado por Dios, y de esa manera negar la castración, es decir, nuestra finitud.

Lo importante de Descartes es que define la noción de sujeto por vez primera. Le da voz al yo individual frente a la universal esencia humana. Se trata por primera vez del individuo, de alguien libre que se afirma como “yo” frente a la esencia humana, universal; lo único propio del humano

aristotélico eran sus accidentes, el resto, el meollo era su alma inmortal que le uniformaba como hijo de Dios. Descartes debería haber comprendido que su necesidad de apodicticidad era una ilusión para protegerse con la armadura de la evidencia que estaba respaldada por un padre omnipotente.

La necesidad cartesiana de autoafirmarse, su enunciación narcisista, es desmontada dos siglos más tarde con la llegada del psicoanálisis que des centra al sujeto.

4.1.- Narcisismo *versus* pulsión

El origen de la pulsión no nos interesa porque es biológico; Freud lo define como en el límite entre lo somático y lo psíquico; está en el límite del lenguaje, es una fuerza que dinamiza la acción del sujeto, pero que en sí misma es ciega y necesita ser presentada por una representación actual, que se supone conectada con la representación primitiva, arcaica, y que permanece reprimida.

La pulsión es energía, y la constancia de su empuje la separa de las funciones biológicas, que tienden a la homeostasis, que tienen ritmos y que en ciertos lapsos ponen el contador a cero. La pulsión no tiene ni primavera ni otoño, ni alza ni baja en su empeño por descargarse y alcanzar su satisfacción.

La pulsión se presenta mediante representantes de la representación original, reprimida; estas representaciones funcionan como lugartenientes: *“Jamás una pulsión puede llegar a ser objeto de la conciencia (...) únicamente puede serlo la presentación que la presenta (...) si no se enlazara con una representación no podría manifestársenos en forma de estado afectivo, ni podríamos saber nada de ella ”*⁹.

Así cuando se afirma que la angustia no es sin objeto, es porque estamos viéndonoslas con un afecto desligado de toda representación; la angustia es un afecto que no puede asimilarse a otros afectos como el miedo o la ira, el odio o la tristeza porque carece de la representación correspondiente.

⁹ FREUD, S.: *Lo inconsciente*. 1915. Biblioteca Nueva, 1974. Tomo VI, *Obras completas*, p. 1056.

Si *ello* habla y dice lo neutro de forma intempestiva es porque su impulso ha conseguido ligarse, al menos en parte, al lenguaje. Siguiendo el ejemplo del *cogito* cartesiano nos encontramos con que la terrible duda que precede al cogito cartesiano queda resuelta cuando el afecto de duda queda sustituido por el afecto de evidencia, convicción, que se le presenta como indubitable, de que soñando o vigilante, está pensando, y si él piensa, es absolutamente cierto, evidente, que existe.

La convicción le salva del abismo y su narcisismo queda satisfecho, el *displacer* de la duda es sustituido por el goce de la certeza.

4.2.- La pulsión se medio dice

El objeto de la pulsión es cualquiera que pueda satisfacerla; de *facto* el objeto puede ser cualquiera porque el objeto es metonímico, es decir, secundario; se desplaza de un objeto a otros sucesivamente. El verdadero significado psíquico es la satisfacción porque la pulsión expresa el cuerpo en el psiquismo.

Considera Freud, al modo de Spinoza, y actualmente al modo de Damasio¹⁰, que las emociones, fundamentalmente los sentimientos, expresan el cuerpo en el alma, y que siguiendo a Spinoza podemos afirmar que el alma no es más que la expresión mental, las ideas, más o menos confusas, del cuerpo.

¹⁰ DAMASIO, Antonio: *En busca de Spinoza*. Booket. Califica a Spinoza de protobiólogo.

Y en esto de las ideas confusas que expresan fuerzas pulsionales vamos a fijarnos para tratar de interpretar la ceguera (*até*) que se apodera tanto de Medea como de Antígona; llegado, en ambas, el punto álgido de su pasión, se tiran al vacío, satisfaciendo la pulsión de muerte.

Su deseo inconsciente de gozar las impulsa hacia su perdición. Desprecian los bienes que dan felicidad y “eligen” la satisfacción de la pulsión mortal. Medea matando a sus hijos, Antígona arrojándose en la tumba viva y matándose allí ella misma. Hay que concluir, por tanto, que el destino de cada persona es su pulsión dominante que le proporciona su ración de goce, siempre más allá del placer que nos proporciona el dis-



frute de nuestros bienes. La pulsión no piensa, la pulsión goza; llegado el momento de la descarga, la ceguera (*até*) se apodera del sujeto que se precipita al goce más o menos salvaje. Eso no significa que antes el sujeto no haya pensado y reiterado sus razonamientos/argumentos, pero el sentido tiene un límite, más allá del cual el lenguaje se paraliza.

El caso de Antígona es relevante porque verbaliza claramente que entre el bien del matrimonio y los hijos elige el sacrificio que le exige la piedad filial. Antígona encarna el principio aristotélico-tomista de confundir el mal con un bien.

¿Por qué elegimos el sufrimiento? Porque no hay complementariedad sexual, tal como se visualiza imaginariamente en el mito platónico del hermafrodita. El Bien Supremo no existe, hay un vacío existencial y angustia; hay un más allá del principio del placer que es pulsión de muerte frente, y en lucha, con la pulsión de vida. Nada nos hace plenos, completos, y en la metonimia del deseo damos con el goce de la pulsión.

¿En qué consiste esa satisfacción? La satisfacción es paradójica porque se encuentra con una barrera insalvable que es el principio del placer. La pulsión pertenece al registro de lo real, de lo que no se deja apresar en la red significativa y, por ello, no puede satisfacerse ni imaginaria ni simbólicamente. La pulsión es imposible de satisfacer, aunque necesite descargarse porque es pura tensión. Se puede descargar chupando, defecando, agrediendo, haciéndose agredir, mirando, haciéndose mirar, etc.

Llegados a este punto, considero que podríamos afirmar que nuestras heroínas se toman mucho trabajo para hacerse matar, bien físicamente bien moral y socialmente. Podría también decirse, coloquialmente, haciéndose cagar.

¿Cómo pueden convivir la pulsión y el narcisismo? Difícilmente, porque el narcisismo busca el reconocimiento y la conservación del poder y de los bienes mientras que la pulsión avanza hacia la destrucción, incluyendo la propia. Solo si las pulsiones se articulan al lenguaje, si las pulsiones pasan por los desfiladeros del significante, pueden ser comprendidos sus mensajes.

La pulsión es difícil de aprehender intelectualmente porque representa a la muerte y en el inconsciente no hay tal representación. Ricoeur afirma que la pulsión es para Freud, *si lo expresamos en términos kantianos, un noúmeno, a priori inalcanzable, más allá de nuestra experiencia y que es un límite irrebalsable de nuestro conocimiento. Tenemos que limitarnos a postularla como lo que hace presente la sexualidad, siempre parcial, en el inconsciente.*

Lacan considera que la pulsión es ontológica, no la considera desde lo biológico o lo psicológico: *“C’est cela que Freud aborde (de ce qu’il en est de la Chose) dans sa psychologie de la pulsión, car le TRIEB ne peut aucunement se limiter à une notion psychologique – c’est une notion ontologique absolument foncière, que répond a une crise de la conscience (...) que nous la vivons”*¹¹.

Si la pulsión es un postulado de la Razón, nada mejor que los significantes míticos para presentarla porque son huellas cargadas de sentimientos, emociones y pasiones. Sin embargo, estas huellas no son la satisfacción genuina, la primera experiencia de satisfacción; las huellas que presentan la pulsión son un resto de esa satisfacción primigenia, plena e irrecuperable. Hay que postular la pulsión, inalcanzable, porque parte de su satisfacción no puede simbolizarse ni imaginarse, permanece perdida: *“si la pulsión no se adhiriera a una representación, ni saliera a la luz como estado afectivo, nada podríamos saber de ella, entonces, cada vez que, pese a eso, hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida no es sino un descuido de la expresión”*¹².

Los héroes y heroínas míticos, llevados por la *hibris*, se precipitan en el vacío, pasan al acto y cuando no pagan con su vida, pagan con un terrible castigo. En estas ocasiones la energía pulsional se despega del relato movida por la emoción; cuando llega ésta a su punto álgido, el lenguaje se paraliza y la pulsión ejecuta la orden pasional.

¹¹ LACAN, J.: 1960, *Le Séminaire 7, L'Éthique de la Psychanalyse*. 1986 Éditions du Seuil, París, p. 152.

¹² FREUD, S.: *Lo inconsciente* 1915. Biblioteca Nueva, 1974, Madrid. *Obras Completas*, Tomo VI. p. 1068.

¿Por qué se despega la pulsión de los elementos simbólicos? Porque no siempre es posible ligar el afecto con la representación, ligar el empuje con el lenguaje. Y lo que no puede ligarse no se entiende; lo que se despega de la representación es el deseo en tanto que deseo, puro, indestructible. El afecto permanece desligado de la representación y no pasa por el lenguaje; el deseo no puede más que medio-decirse porque el inconsciente no piensa¹³, no es propiamente lenguaje, aunque tienda al lenguaje.

¹³ Aquí cabría referirse a Schopenhauer y su concepto de la voluntad desligada de las representaciones; también Nietzsche, e incluso, Espinosa cuando trata de la perseverancia en el ser y en el conocer; esta perseverancia solo es posible por la correlación entre las ideas y el esfuerzo.

Entonces, ¿lo que emana del *ello* son mensajes mudos?; en parte, sí; es lo no-hablado y lo no-hablante porque incluso la cantidad que se liga al significante no puede más que medio decirse porque se queda en el límite de lo significante, en el límite con lo instintivo. Si recordamos el enunciado freudiano que asegura que primordialmente somos libido invenciblemente narcisista, podremos ver el otro lado de la moneda: el deseo está abocado al lenguaje, quiere decirse, está en potencia para hablar, aunque la *performance* le resulte difícil; El que el deseo sea a la vez lo no-dicho pero que se orienta al querer-decir, es lo que hace de él un concepto límite entre lo orgánico y lo psíquico. No obstante, Lacan matiza a Freud porque la pulsión ya está dividida por el significante y puede cambiar su objeto, tal como ocurre en la sublimación.

5.- Otras interpretaciones

Hasta ahora hemos estado mirando la pulsión desde el pico más elevado, el de gran cultura, pero la cultura popular también canta el deseo, tal como ocurre en la copla española.

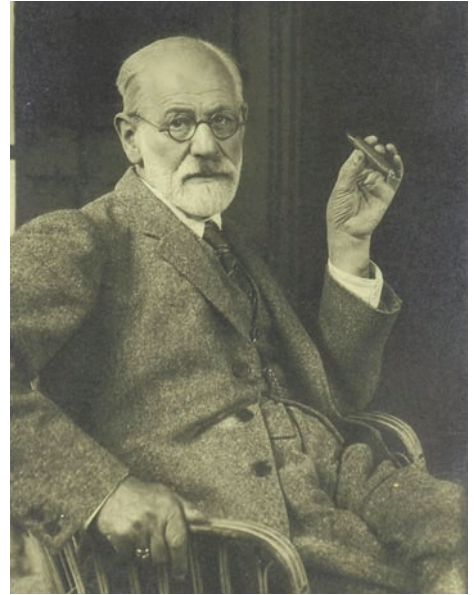
La copla canta el deseo en boca de las mujeres que aman demasiado, que a pesar de que fueron advertidas, o que cuando se dieron cuenta del abismo al que habían caído, ya no sabían ni querían dar marcha atrás. Podemos citar, a modo de ejemplos, *Dime que me quieres* (1941), *Y sin embargo te quiero* (1948), pero el caso más impactante es el de *Lola Puñales* (1948)¹⁴ que, cual Medea popular, habiéndose burlado de todos los hombres, despreciándolos, se enamora locamente, y cuando ve a su hombre besándose con otra mujer, se abalanza

¹⁴ DEL POZO, Luis. "La violencia en el amor imaginario: Lola Puñales" en el n° 47 de la *Revista Trama&Fondo*. 2019, Madrid, pp. 47-52.

sobre él y lo apuñala. Después, en un raptó de narcisismo justifica su crimen, porque se había burlado de ella, y reta a los jueces porque *“no me importa la pena de ir a la trena que estoy serena y en mis cabales (...) conqué apunte el escribano: y sin siquiera temblarle la mano, lo mató Lola Puñales.”*

El empuje de la pulsión de muerte no es privilegio de las grandes obras de teatro, ni de las óperas que cantan las pasiones desbordadas de sus protagonistas. La pulsión atenaza a todos los mortales, aunque algunos sorteen su presión mejor que otros.

Los que salen mejor parados son lo que consiguen sublimar su empuje, evitando, así, tanto la represión como el paso al acto. La sublimación es propia de artistas que consiguen reconducir la pulsión hacia la creación de belleza. La sublimación exige colocarse al borde de lo simbólico enfrentándose a lo real. Parte de la satisfacción de la energía sexual se encamina a hacer un agujero en lo real que finaliza con la aparición de un objeto nuevo; puede ser una vasija de barro o una pintura o una partitura musical.



Pero la creación no es solo artística, la cultura, toda ella, incluida la ciencia, es producto de la creatividad y de la sublimación humana; la sublimación es una solución feliz para la satisfacción de la tendencia pulsional. La Moral y la Política, también el Derecho, trascienden la actividad sexual y la represión de la pulsión, y la encaminan a la creación de leyes científicas, o de normas morales y políticas.

Desde la perspectiva sublimadora, Antígona no se deja arrastrar por la pulsión mortal, sino que heroicamente ejerce la desobediencia civil frente al poderoso Creonte, que ha dictado un bando que impide enterrar a su hermano Polinices, como corresponde con un traidor a la patria; pero Antígona se rebela, y trasgrede la orden porque según la tradición, si el cuerpo fallecido no es enterrado, vagará errante, eternamente, sin encontrar la paz.

Por ello, Antígona, decide desde su libérrima voluntad, desde la enunciación, más o menos explícita, de un juicio ético, seguir los dictados de su conciencia y originar una nueva norma moral, que será retroactivamente sancionada, que situada entre lo real de la pulsión y lo simbólico del significante, aportará algo nuevo, antes inexistente, y que Lacan califica de producción *exnihilo*¹⁵.

¹⁵ LACAN, J.: 1960. *Séminaire 7, L'Éthique de la Psychanalyse*. 1986, Éditions du Seuil, p.146.

En esta última lectura, Antígona sublima, en tanto que en la expresada más arriba se interpreta como paso al acto, como actuación de la pulsión de muerte vuelta contra sí misma. Se trata, pues, de dos interpretaciones disjuntas. Esta última lectura argumenta el sacrificio de Antígona como apuesta por la piedad filial, entendida como sublevación contra el abuso de poder, como decisión ética y de activismo político frente al autoritarismo.



¹⁶ LACAN, J.: 1960. *Séminaire 7, L'Éthique de la Psychanalyse*. 1986, Éditions du Seuil, p. 304.

Si nos decantamos por la sublimación, que es una operación simbólica, aparece una nueva metáfora, un nuevo sujeto de deseo que es un nuevo significante para otro significante. En el paso al acto la destrucción traspasa la barrera de la belleza, de la fascinación imaginaria que Antígona ejerce sobre los espectadores, alimentando, así, la idealización del personaje y la catarsis de los espectadores.

Hay, además, una diferencia crucial: en la destrucción la pulsión goza mortalmente, en la sublimación hay un cierto placer procedente del mismo acto creativo, del disfrute de la nueva metáfora lograda, pero tampoco se reprime la satisfacción de la pulsión, aunque sí se evite el aspecto más sádico del superyó.

Si nos atenemos a la interpretación que hace Lacan en su *Seminario 7, La ética del psicoanálisis*, nos encontramos con que el sacrificio de Antígona tiene su envés en la pulsión sadiana¹⁶; Sade vuelve la pulsión de muerte sobre sus víctimas, aunque esta, después, se vuelva contra él mismo. A pesar de esto, Lacan afirma que el acto de Antígona es sublima-

dor, del orden de lo inefable, porque está guiado por lo bello y el amor. No queda claro si el personaje de Antígona realiza, según Lacan, un paso al acto o una acción sublimadora. Lacan sostiene que el no ceder del propio deseo (de saber sobre nuestro deseo inconsciente), es ético en sí mismo; no obstante, utiliza la *Crítica del juicio*, de Kant, para poner al mismo nivel el imperativo sadiano y el imperativo kantiano; en realidad, ambos imperativos serían uno el negativo del otro.

La ética contemporánea está haciendo una lectura de *La crítica del juicio* de Kant, en la que se articula el enjuiciamiento estético kantiano con el inconsciente freudiano para buscar una fuente normativa en la sublimación. La sublimación es una operación simbólica realizada al borde de lo real sobre un objeto imaginario, metonímicamente transformado, que eleva la pulsión al rango de lo sublime. En la lectura ético-política que hace Marinas¹⁷ de la *Crítica del juicio*, propone la sublimación como fuente normativa situada en lo pulsional, extrapolando, así, la sanción de la regla que la naturaleza, por obra de la sublimación, da al arte, al terreno de lo moral y lo político.

En el caso de Antígona, la pulsión, marcada por el significante, sería la naturaleza, la que, mediante la acción simbólica, sublimadora, da la regla a la moral. Así, un acto individual habría sido posteriormente sancionado por la comunidad como norma moral.

17 MARINAS, JM.: 2004, "Kant y el reverso de la Ilustración: una lectura ética y política de Lacan". *Daimón, Revista de Filosofía*, nº 33, pp. 119-134. 19, Madrid, pp. 47-52.
- 2015, *Ética de lo inconsciente*, Madrid, Biblioteca Nueva.

6.- Para terminar

Desde el principio de los tiempos el sujeto vive tironeado por dos fuerzas opuestas, lo que supone que el tiempo psíquico sea circular y que bascule entre el progreso y el regreso hacia la nada, que velamos con proyectos y realizaciones que ocultan el agujero ontológico constitutivo del sujeto.

El mito de *Psiquis* (Alma) y *Eros* (Deseo), utilizado por Lacan en el Seminario 8, *La transferencia*, nos muestra de forma delicada como el deseo de saber, que debe primar en el análisis, nos conduce a desvelar el secreto y darnos de bruces con la castración. Debajo del ramo de flores que oculta



el sexo de *Eros*, *Psique* cree que hay un monstruo, por lo que se acerca blandiendo una cimitarra; gran momento, ¿cuál será su sorpresa?; si nos atenemos a la interpretación lacaniana podemos comprobar que la amenaza de castración es imaginaria porque lo que cubren las flores no es más que un agujero.

Si los orígenes de nuestro psiquismo son arqueológicos, el mensaje de Freud, en su conferencia 31: *"wo es war, soll Ich werden"*, impulsa hacia el futuro, hacia una meta personal: que donde antes estaba *ello* se vaya instalando un *yo capaz de afrontar la dureza de una vida finita y con no más sentido que el imaginario*. Esta es la función de la belleza y del bien, velar el vacío que horada al sujeto. En esta función de velo los mitos se ofrecen como alternativa valiosa para comprender las emociones y pasiones que marcan nuestro destino desde tiempo inmemorial.

Bibliografía

DESCARTES, R.: 1641, *Meditaciones Metafísicas*, 2011, Madrid, Alianza Editorial, Madrid.

FREUD, S.: 1900, *La interpretación de los sueños*, 1972, Madrid, Biblioteca Nueva, Madrid, Tomo II, Obras Completas.

- *Lo inconsciente*. 1915. Biblioteca Nueva, Madrid, 1974. Tomo VI, Obras Completas.

LACAN, J.: 1960. *Séminaire 7, L'Éthique de la Psychanalyse*. 1986, Éditions du Seuil.

LÉVI-STRAUS, C.: *Antropología estructural*. 1992, Barcelona, Paidós. 1958, París, Librerie de Plon.

MARINAS M.: "Kant y el reverso de la Ilustración: una lectura ética y política de Lacan". 2004, *Daimón, Revista de Filosofía*, nº 33, pp. 119-134.

- 2015, *Ética de lo inconsciente*. 2015, Madrid, Biblioteca Nueva.

POZO (DEL), L.: "La violencia en el amor imaginario: Lola Puñales" en el nº 47 de la *Revista Trama&Fondo*. 2019, Madrid. Pp.47-52.

RICOEUR, P.: *Freud. Una interpretación de la cultura*. 1990, Siglo XXI. Madrid; 1965. París, Éditions du Seuil.